

Aquí empieza una serie de profecías relativas á naciones extranjeras. La siguiente puede referirse con poca diferencia al mismo tiempo que la anterior. El Señor manda á Ezequiel profetizar contra los Ammonitas y Moabitas que van á regocijarse por los males de la casa de Judá, y contra los Idumeos y los Filisteos que van á satisfacer en ella su venganza (Cap. xxv).

En el primer dia del primer mes del año undécimo ó duodécimo (1) de la transmigración de Jeconías, declara el Señor que por haberse regocijado Tiro en la ruina de Jerusalem, enviará contra ella á Nabucodonosor, quien la destruirá. Su caída estruendosa llenará de terror á todas las islas. Empero mientras Tiro yacía derribada, hará el Señor que resplandezca su gloria sobre la tierra de Israel (Cap. xxvi).

Ordena el Señor á su profeta que entone un cántico lúgubre sobre la ruina de Tiro. El profeta describe la situación ventajosa de aquella ciudad, su hermosura, su fuerza, sus riquezas y la extensión de su comercio con varios pueblos, entre los que se cuenta la propia casa de Judá. Su ruina debe llenar de asombro á todos los pueblos marítimos. (Cap. xxvii).

Manda el Señor á Ezequiel que profetice contra el rey de Tiro. Aquel príncipe se elevaba en su corazón, y se consideraba casi como un Dios; mas el Señor hará venir contra él extranjeros que le harán perecer miseráblemente. El Señor manda entonar al profeta un cántico lúgubre sobre la ruina de aquel príncipe; en este cántico se describen la elevación y la ruina del rey de Tiro. En seguida ordena el Señor al profeta que profetice contra Sidon, madre de Tiro, y le anuncie su ruina. Al mismo tiempo ofrece el Señor que restablecerá la casa de Israel, despues que haya ejercido sus juicios sobre todas las naciones que se han alzado contra ella (Cap. xxviii).

En los cuatro capítulos siguientes se juntan las profecías relativas á Egipto, algunas de las cuales son anteriores á las dirigidas á Tiro. En el undécimo dia del mes décimo, del décimo año despues de la transmigración de Jeconías, ordena el Señor á Ezequiel que profetice contra el rey de Egipto. Este príncipe reposa confiado en medio del rio que le circunda; mas el Señor le sacará de su tierra con su ejército, y le hará perecer miseráblemente. Lisonjébase de poder servir de apoyo á la casa de Israel, mas se rompió bajo su peso, y fué causa de que ella se lastimase en su caída; presto el Señor va á reducir á soledad el Egipto. Tras una desolación de cuarenta años, será restablecido este; mas en estado muy débil, y de modo que no pueda ya atraer la confianza de la casa de Israel. Aquí se halla una profecía que es muy posterior á la precedente, y á las que la siguen. El primer dia del primer mes del año vigésimo séptimo despues de la transmigración de Jeconías (V 17), declara el Señor á su profeta que para recompensar á Nabucodonosor y á su ejército de los trabajos que han pasado en el sitio de Tiro, les abandonará el Egipto. El Señor anuncia que va á

(1) La Vulgata y la edición romana de la versión de los Setenta leen *el undécimo año*. El manuscrito Alejandrino de la versión de los Setenta y el hebreo leen, *el año duodécimo*.

hacer reflorar un retoño de la casa de Israel (estó se refiere acaso á la elevación de Jeconías, que diez años despues fué sacado de su prisión, y elevado á gran honor en la corte del rey de Babilonia); añade que su profeta hablará entónces con mas libertad en medio de su pueblo (Cap. xxix).

La profecía que sigue no tiene fecha; y podría referirse al año vigésimoseptimo, como la anterior, ó al décimo, como la que precedía á esta última. El Señor anuncia de nuevo por el órgano de su profeta la desolación de Egipto, que debe llevar el terror hasta la Etiopia. Todos los extranjeros que se hallen en Egipto, y hasta los Israelitas que allí estén refugiados, serán envueltos en la ruina. Aquí se halla agregada otra profecía. En el dia séptimo del primer mes del undécimo año de la transmigración de Jeconías (V 20) anuncia el Señor por medio de su profeta que el brazo de Faraon, herido ya por Nabucodonosor ántes del sitio de Jerusalem, ha de ser completamente quebrantado por este príncipe despues de la ruina de dicha ciudad (Cap. xxx).

En el primer dia del tercer mes del propio año, vuelve el Señor á dirigir la palabra á su profeta; y queriendo humillar al rey de Egipto, que se ensobrecía con su grandeza, le exhorta á considerar el poder que habian tenido los reyes de Asiria. Sin embargo, esta monarquía, mucho mas poderosa que la de los Egipcios, fué destruida; y el Señor anuncia que la monarquía de Egipto ha de tener la misma suerte (Cap. xxxi).

En el primer dia del mes duodécimo del duodécimo año despues de la transmigración de Jeconías, pronuncia el profeta, por mandato del Señor, un cántico lúgubre sobre la ruina del rey de Egipto. En el décimoquinto dia del propio mes (V 17) pronuncia el profeta otro cántico lúgubre sobre la ruina de Egipto y de todo su pueblo (Cap. xxxii).

Aquí vuelven á empezar las profecías relativas á los hijos de Israel. La siguiente no tiene fecha; parece anterior á la ruina de Jerusalem, y puede referirse al nono ó décimo año despues de la transmigración de Jeconías. Manda el Señor á su profeta advertir á los hijos de Israel, que cuando hay un hombre puesto de centinela, y este da fielmente la alarma, el que perece, es por su propia culpa; añade el Señor que si el que está de centinela no da la alarma, el que perece, perece á causa de su pecado; pero el que estaba de centinela es responsable de su pérdida. Declara el Señor al profeta que él es el centinela de la casa de Israel; y le ordena decir á esta que no quiere la muerte del pecador, sino su conversión. Sigue otra profecía. En el dia quinto del mes décimo del duodécimo año despues de la transmigración de Jeconías (V 21), un hombre que escapó de Jerusalem trae al profeta la noticia de su toma. Los hijos de Israel que han quedado en la Judea despues de la ruina de Jerusalem, se lisonjean vánamente de conservar la posesión de aquella tierra; el Señor los exterminará, y reducirá el país á un yermo. Los hijos de Israel vienen á escuchar al profeta como quien oye á un músico, y no aprovechan sus avisos; no le reconocerán por profeta hasta que el éxito haya verificado sus predicciones (Cap. xxxiii).

La profecía que sigue parece anterior á la toma de Jerusalem.

El Señor manda á su profeta que profetice contra los pastores de Israel. Repréndelos que solo buscan sus intereses, descuidan su rebaño, y le abandonan á las bestias de la tierra, que le hacen su presa. Declara que vendrá á libertar de tal violencia á su rebaño. Promete llamar á sus ovejas, recogerlas de su dispersion, reunir las en su propia tierra, y hacerlas pastar en pastos gruesos. Declara luego que va á juzgar y castigar, no solamente á los pastores, sino á las ovejas; y que libertará á los débiles de la opresion de los fuertes. Promete suscitar para sus ovejas al pastor único, al Mesías, á quien designa con el nombre de David, y que estará en medio de ellas como su pastor y su príncipe. Promete hacer alianza de paz con sus ovejas y colmarlas de sus bendiciones (Cap. xxxiv).

La profecía que sigue podria ser posterior al sitio de Jerusalem. Ordena el Señor á Ezequiel que profetice contra la Idumea. Los Idumeos han derramado la sangre de sus hermanos los Israelitas, y estos derramarán la de ellos. (Parece que esto se refiere al tiempo de los Macabeos.) Se han lisonjeado con la esperanza de reunir en su posesion las tierras de Israel y de Judá; pero el Señor los exterminará de su propio territorio. Mientras se restablezcan todos los paises inmediatos, la Idumea estará reducida á soledad (Cap. xxxv).

Declara el Señor que la tierra de Israel, que ha estado entregada al saqueo; y yace expuesta á los insultos de los pueblos circunvecinos, se restablecerá en su primitivo esplendor, y sus habitantes serán restituidos á ella, y afirmados allí para siempre. Sigue otra profecía (V 16). Dios ha dispersado á los hijos de Israel en diversos paises á causa de sus pecados; los reunirá, no por sus méritos, sino por la gloria de su nombre. Les quitará su corazon de piedra, y les dará corazon de carne; y al ver los beneficios de que Dios ha de colmarlos, todas las naciones que los rodean le reconocerán por el Dios verdadero (Cap. xxxvi).

Las dos profecías que siguen pueden referirse al mismo tiempo. El Señor conduce á Ezequiel en espíritu á la mitad de un campo, y allí le hace ver una multitud de huesos desecados que reviven; y le da este prodigio como señal del restablecimiento de los hijos de Israel. El profeta, por mandato del Señor (V 16 y siguientes), toma dos pedazos de madera que acerca y reune, para indicar la reunion de las casas de Israel y Judá. Estos dos pueblos han de formar uno solo; serán restablecidos en su tierra; el Mesías, designado con el nombre de David, será su rey para siempre; y el santuario del Señor se fijará en medio de ellos por toda la serie de los siglos (Cap. xxxvii).

Lo que se dice aquí acerca del restablecimiento de la casa de Israel, y de su reunion con la de Judá, será objeto de una Disertacion, en la que se examine si las diez tribus volvieron de su cautiverio á la tierra que habitaron sus padres.

Hacia el mismo tiempo se puede tambien referir la siguiente profecía. Ordena el Señor á su profeta que profetice contra Gog, príncipe de Magog. Apenas hayan vuelto de su cautividad los hijos de Israel, y se hayan restablecido en su herencia, avanzará Gog contra ellos con numeroso ejército para saquearlos y asolar su tierra. To-

da esta se llenará de espanto; pero el Señor exterminará á Gog y á su ejército (Cap. xxxviii).

El profeta mandado por el Señor, sigue profetizando contra Gog. El Señor hará venir á este príncipe de los climas del aquilon, y lo traerá á las montañas de Israel, donde lo hará perecer con todos los que le hayan seguido. Los Israelitas recogerán los despojos de aquel ejército; sus armas solas les producirán una cantidad prodigiosa de leña, que estarán quemando siete años; siete meses ocuparán en sepultar los muertos, y el lugar en que los entierren será famoso. El Señor manda á su profeta que llame á las aves del cielo y á las bestias de la tierra á comer la carne y beber la sangre de aquellos hombres que habrá exterminado su justicia. El Señor hará resplandecer su gloria entre las naciones con la destruccion de los enemigos de su pueblo. Restituirá este á su tierra, y derramará sobre él su espíritu (Cap. xxxix). La profecía contenida en estos dos capítulos será asunto de otra disertacion.

En el décimo dia del primer mes del año vigésimoquinto despues de la transmigracion de Jeconías, y décimocuarto despues de la ruina de Jerusalem, es transportado Ezequiel en espíritu á la tierra de Israel, y allí ve un edificio magnífico, que es el templo del Señor. Un ángel en figura de hombre le enseña todas las partes de aquel edificio, y le hace observar todas sus proporciones, medidas con una caña ó vara de seis codos, subdivididos en seis palmos, cada uno de los cuales tenia el ancho de cuatro dedos. Esto que decimos del codo por que se miden todas las proporciones del edificio, dará lugar á una Disertacion sobre el codo hebreo. El profeta describe todas las partes de aquel edificio. Al principio está la descripcion de las puertas, vestíbulos y atrios del pueblo y de los sacerdotes, y la del vestibulo del templo (Cap. xl). Sigue la descripcion del Santo, del santuario y de las camaras contiguas al templo (Cap. xli); despues la descripcion y el destino de los cuartos que estaban frente al templo en el atrio de los sacerdotes, y la dimension de todo el recinto de los atrios que rodeaban el templo (Cap. xlii).

El profeta ve al Señor que vuelve á entrar á su templo, y declara que en él fija su morada para siempre, y que la casa de Israel no ha de profanar ya su nombre. Dice luego al profeta las medidas del altar de los holocaustos, y le prescribe las ceremonias con que debe consagrarse (Cap. xliii). La puerta oriental del atrio de los sacerdotes por la que volvió el Señor á entrar en su templo, queda cerrada, sin que nadie pueda volver á pasar por ella en adelante: tan solo el príncipe tiene la prerogativa de entrar al vestibulo, y sentarse en aquella puerta. Reprende el Señor á los hijos de Israel que hayan introducido en su santuario hombres incircuncisos de corazon y de carne, declarando que en lo sucesivo ningun incircunciso de corazon ni de carne entrará en su santuario, y que aun los sacerdotes descendientes de Leví que se han abandonado á la idolatría, quedan excluidos del ministerio sacro, y reducidos á los oficios bajos del templo. Confirma el sacerdocio á los de la raza de Sadoc que le han permanecido fieles, y prescribe las reglas que han de observar en el ejercicio de su ministerio (Cap. xliii).

Determina el Señor la porcion de tierra que debe consagrár-

sele para formar con ella la ciudad santa, en medio de la cual debe estar su templo, y señala otra que debe darse al príncipe de Israel. Recomienda la exactitud en los pesos y medidas; prescribe el tributo que ha de pagarse al príncipe, y ordena los sacrificios que deben ofrecérsese al principio del año santo, en la solemnidad de la Pascua, y en la fiesta de los Tabernáculos (Cap. XLV). Da reglas respecto de la puerta oriental del atrio de los sacerdotes, ordenando que esté cerrada durante los seis días de la semana, y se abra el día del sábado, y el primer día de cada mes (emperó sin que pueda ninguno pasar por ella). También establece reglas sobre el orden con que deben entrar y salir al templo el príncipe y el pueblo; respecto de varias clases de sacrificios, y acerca de los dones del príncipe. El ángel enseña luego al profeta las cocinas del atrio de los sacerdotes, y las del atrio del pueblo (Cap. XLVI).

El profeta ve unas aguas que salen por debajo de la puerta oriental del templo, dirigen su curso al Sur, van siempre aumentándose, y desembocan en el mar Muerto. Las aguas de este mar se vuelven saludables; los animales se vivifican por ellas, los peces se multiplican, y solo conservan sal las orillas y pantanos del mar ya dicho. En las márgenes de aquel torrente crecen muchos árboles, y dan cada mes nuevos frutos; estos frutos sirven para alimentar á los pueblos, y sus hojas para curarlos. El Señor determina luego los límites de la tierra de Israel, y ordena que se distribuya con igualdad entre las doce tribus, y que los extranjeros que se hallen entre los hijos de Israel, tengan su parte con ellos (Cap. XLVII). Describe el Señor el orden de la repartición de la tierra de Israel, distribuida en doce tribus; fija la parte que debe consagrarse para el templo y la ciudad santa; determina la partición de los levitas y la del príncipe, y señala el número y nombre de las puertas de la ciudad y el nombre de esta (Cap. XLVIII). Así acaba el libro de Ezequiel.

Pueden distinguirse en este libro tres partes principales: la primera que contiene los veinte y cuatro capítulos primeros, se refiere principalmente á las venganzas que Dios debía ejercer sobre la casa de Judá con las armas de Nabucodonosor; la segunda, que contiene los ocho capítulos siguientes, encierra una serie de profecías relativas principalmente á los juicios que Dios debía ejercer sobre las naciones extranjeras; la tercera, que contiene los diez y seis capítulos últimos, se refiere principalmente á los hijos de Israel; en esta última parte, el profeta, despues de hacerles al principio algunas reprensiones, se extiende sobre las promesas de su restablecimiento.

Así Ezequiel reúne los dos grandes objetos que ocuparon principalmente á Isaías y á Jeremías. Isaías fué el profeta especial de las misericordias del Señor, y Jeremías fué el profeta de sus venganzas; Ezequiel lo es al mismo tiempo de sus venganzas y de sus misericordias. El restablecimiento de los hijos de Israel y Judá en tiempo de Ciro, es lo que principalmente anuncia Isaías; sobre todo en los veinte y siete últimos capítulos de sus profecías: la desolación de los hijos de Judá en tiempo de Nabucodonosor, es el principal objeto de Jeremías: Ezequiel anuncia la misma desolación, el mismo restablecimiento, y sus promesas se extienden aun mas adelan-

III.  
Paralelo entre las profecías de Isaías, Jeremías y Ezequiel. Reflexiones sobre las profecías de este misterio e instrucciones que contienen. Este

te, refiriéndose mucho mas particularmente al misterio de Jesucristo y de su Iglesia, anunciado igualmente por Jeremías é Isaías; de manera que los tres profetas se reúnen particularmente acerca de este grande objeto.

Las promesas que hace el Señor á su pueblo por boca de estos tres profetas, se refieren principalmente al reinado del Mesías, de quien Ciro fué solo figura; y las amenazas que los tres profetas dirigen á los hijos de Judá, rebeldes contra el Señor, y transgresores de su ley, nos muestran lo que debía temer el pueblo judío al rebelarse contra Jesucristo, y lo que debemos temer nosotros mismos, si quebrantamos los preceptos del Evangelio.

Dos veces anuncia Jeremías (1) que el Señor suscitará á David un descendiente justo, un rey que reinará con sabiduría, y gobernará con equidad; y hemos hecho ver que este rey no es otro que el Mesías, el mismo Jesucristo. Dos veces anuncia Ezequiel al propio rey bajo el nombre de David, ó mas bien el Señor mismo es quien por órgano de su profeta, se expresa en estos términos: *Salvaré mi grey, y no será mas expuesta á la presa, y juzgaré entre ganado y ganado. Y levantaré sobre ellos un solo pastor que los apacienta, á mi siervo David: él mismo los apacientará, y él mismo será su pastor. Y yo el Señor seré su Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos: yo el Señor he hablado* [2]. Repite el Señor esta misma promesa: *Tomaré á los hijos de Israel de en medio de las naciones adonde fueron; y los recogeré de todas partes; y los conduciré á su tierra, y los haré una nación sola en la tierra, en los montes de Israel.... Mi siervo David será rey sobre ellos, y uno solo será el pastor de todos ellos: en mis juicios andarán, y guardarán y cumplirán mis mandamientos.... y David mi siervo será príncipe de ellos perpétuamente* (3). Jesucristo mismo nos enseña el sentido de esta profecía, cuando hablaba así á los Judíos: *Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas; mas el asalariado, y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye.... porque no tiene parte en las ovejas. Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre: y pongo mi alma por mis ovejas. Tengo tambien otras ovejas que no son de este aprisco: es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz, y se hará un solo aprisco y un pastor* (4). Jesucristo mismo es pues el Pastor único prometido por el Señor, nacido de la estirpe de David, segun la carne, figurado en la persona de David, y por excelencia el bien amado que bajo el nombre de David se designa.

San Pablo nos ha hecho notar que en el libro de Jeremías se anuncia la nueva alianza del modo mas expreso (5); esta misma alianza se anuncia en el libro de Ezequiel; y á fin de que esta profecía quedase mas señalada y clara, quiso Dios que fuese inmediatamente unida á la promesa del pastor único. Inmediatamente despues de haber dicho que David su siervo seria príncipe en medio de sus

(1) Jerem. xxiii. 5. 6. xxxiii. 15. 16.—(2) Ezech. xxxiv. 22. et seqq.—(3) Ezech. xxxvii. 21. et seqq.—(4) Joan. x. 11. et seqq.—(5) Hebr. viii. 8. et seqq. x. 14. et seqq.

profeta anuncia el reinado de Jesucristo, y la nueva alianza.

ovejas, añade: *Haré con ellos alianza de paz; y haré cesar las bestias malignas de la tierra; y los que moran en el desierto dormirán con sosiego en los bosques. Y los pondré al rededor de mi collado para bendición; y haré venir lluvia en su tiempo; lluvias de bendición serán. Y el árbol del campo dará su fruto, y la tierra dará su pimpollo; y estarán sin miedo en la tierra; y sabrán que yo soy el Señor, cuando quebrantare las cadenas del yugo de ellos, y los libraré de la mano de los que los dominaban (1). Y despues de haber dicho segunda vez que su siervo David será perpétuamente su príncipe, añade: *Haré con ellos alianza de paz, alianza eterna tendrán ellos; y los cimentaré y multiplicaré, y pondré mi santificación en medio de ellos por siempre. Y estará mi tabernáculo entre ellos; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor, el santificador de Israel, cuando estuviere mi santificación en medio de ellos perpétuamente (2).**

Por boca de Jeremías dice el Señor: *Este será el pacto que haré con la casa de Israel despues de aquellos días, dice el Señor: Pondré mi ley en las entrañas de ellos, y la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no enseñará en adelante hombre á su prójimo, y hombre á su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el mas pequeño de ellos hasta el mayor (3). Hablando el Señor á Jerusalem la dice por boca de Isaías: *La alianza de mi paz no se moverá.... Todos tus hijos serán enseñados por el Señor.... y serás cimentada en justicia (4). Por boca de Ezequiel dice el Señor á los hijos de Israel lo que sigue: *Derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias, y os limpiaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros; y haré que andeis en mis preceptos, y que guardéis y hagais mis juicios (5).***

IV. Siguen las reflexiones sobre las profecías de Ezequiel. Las reprensiones y amenazas que dirige á los hijos de Judá, son aplicables á los judíos incrédulos y cristianos prevaricadores. Observaciones de S. Gerónimo sobre el paralelo de las dos herma-

nas, Oolla y Ooliba, y de las tres hermanas Samaria, Jerusalem y Gómorra.

Jeremías y Ezequiel unen sus voces para anunciar que el Señor va á ejercer sus venganzas sobre la casa de Judá; la tierra de Judá quedará desolada, Jerusalem será destruida, aun el templo ha de ser derribado, los hijos de Judá serán reducidos á cautiverio, y dispersos entre las naciones. Esto se verificó desde luego en tiempo de aquellos mismos profetas, cuando Dios ejerció sus venganzas en los hijos de Judá sirviéndose de las armas de los Caldeos; y lo propio volvió á verificarse despues de muerto Jesucristo, cuando Dios ejerció sus venganzas en los Judíos incrédulos sirviéndose al efecto de las armas romanas. Al hablar de las profecías de Jeremías hemos desarrollado bastante este paralelo, y no creemos necesario insistir aquí sobre el mismo asunto.

El Señor por boca de Jeremías compara las dos casas de Israel y Judá, representándolas como dos hermanas que culpadas ambas, sufrirán igualmente el peso de sus venganzas. Reprende á la casa de Judá (6) el haber imitado y aun superado la infidelidad de la casa de Israel: *La rebelde Israel parecerá justa, dice el Señor, si se la*

(1) *Ezech. xxxiv. 25. et seqq.*—(2) *Ezech. xxxvii. 26. et seqq.*—(3) *Jerem. xxxi. 33. 34.*—(4) *Isai. liv. 10. 13. 14.*—(5) *Ezech. xxxvi. 25. et seqq.*—(6) *Jerem. iii. 11.*

compara con la páfida Judá. Anuncia á los hijos de Judá que por haber quebrantado sus preceptos y despreciado sus avisos, los tratará como ha tratado á los hijos de Israel, que son sus hermanos. *Haré con esta casa, en la que ha sido invocado mi nombre, dice el Señor (1), y en la que vosotros teneis la confianza; y con el lugar que os di á vosotros y á vuestros padres, así como hice con Silo. Y os desecharé de mi presencia, así como deseché á todos vuestros hermanos, á todo el linage de Efraim. Como este paralelo puede contribuir mucho á la inteligencia de las profecías de Jeremías, puede tambien contribuir mucho á la inteligencia de las profecías de Ezequiel, pues por boca de Ezequiel, compara tambien el Señor á Samaria y á Jerusalem, representándolas igualmente bajo el símbolo de dos hermanas. *Hijo del hombre, dice el Señor dirigiéndose á Ezequiel, hubo dos mugeres hijas de una madre.... en su mocedad se prostituyeron.... (2). La mayor se llamaba Oolla, es decir, tienda ó tabernáculo; y la menor Ooliba, es decir, aquella en medio de la cual está mi tabernáculo; y las tuve yo, y parieron hijos é hijas. Ahora en cuanto á los nombres, Samaria es Oolla, y Jerusalem es Ooliba; Oolla pues fornicó contra mí, y perdió el juicio por sus amantes, por los Asirios sus vecinos.... y se contaminó con las impurezas de todos aquellos por quienes enloqueció.... Por esto la entregué en manos de sus amantes, los hijos de Assur, por los que se enloqueció de lujuria.... Y habiendo visto esto su hermana Ooliba, enloqueció de lujuria mas que ella.... Vi que el camino de ambas estaba manchado.... Por tanto, Ooliba, esto dice el Señor Dios: Hé aquí, yo despertaré contra tí á todos tus amantes, de los cuales se hartó tu alma, y los congregaré al rededor contra tí.... Y pondré contra tí mi zelo, que lo ejercitarán en tí con zaña.... En el camino de tu hermana anduviste, y pondré su copa en tu mano. Esto dice el Señor Dios: Beberás la copa de tu hermana honda y ancha; serás para escarnio y para mofa, que ella es muy capuz. De embriaguez y de dolor serás llena; de la copa de lloro y de tristeza, de la copa de Samaria tu hermana. Y la beberás y apurarás hasta las heces, y devorarás sus tiestos, y despedazarás tus pechos; porque yo lo he dicho, dice el Señor Dios.**

Por boca del mismo profeta compara tambien el Señor á Jerusalem no solo con Samaria, sino ademas con Sodoma. Son tres hermanas cuyas infidelidades y castigo compara el Señor, aunque al mismo tiempo anuncia su restablecimiento, conservando á Jerusalem las prerogativas que la distinguen sobre las otras dos. Aquí pues las promesas están unidas con las reprensiones y las amenazas; y esta circunstancia es un rayo de luz que contribuye á la inteligencia de esta profecía. El Señor empieza por los cargos y amenazas. *Hijo del hombre, dice á Ezequiel (3), haz conocer á Jerusalem sus abominaciones, y dirás: Esto dice el Señor Dios á Jerusalem: Tu raíz y tu raza es de la tierra de Canaan; tu padre era Amorreo y tu madre Cetea, y cuando naciste, en el día de tu nacimiento no te cortaron el ombligo, ni te lavaron con agua para salud, ni te salaron con sal, ni*

(1) *Jerem. vii.*—(2) *Ezech. xxiii. 2. et seqq. 14. et 15.*—(3) *Ezech. xvi. 2. et seqq.*